

Me refiero a los que el Día de la Raza de 1936, al anunciarse en los periódicos reaccionarios la toma de la invicta capital por las huestes invasoras, por las hordas babelescas de negros y de blancos aglutinados, salieron de sus almacenes y pusieron en puertas y vitrinas este rótulo infamante: «¡Cerrado por Júbilo!»

¡Cerrado por Júbilo! Contra ese júbilo de almacenistas; contra la amalgama inconcebible de requetés, mahometanos, terratenientes, condes, duques, marqueses, africanos de la selva virgen y obispos de la fe católica; contra los sanguinarios destructores de su patria están los millares de españoles que en ultramar defienden ardorosamente a España. Que organizan centros de cultura antifascista. Que editan periódicos. Que dejan parte de su jornal y de su modesto patrimonio en favor de la causa republicana.

Y están con el pueblo martirizado y sonriente de España; con la España que batió a Bonaparte; con estos milicianos que van jubilosos a las trincheras; con la España eterna, invencible y heroica, las más prestigiosas revistas de América, las organizaciones de trabajadores, los partidos de izquierda, todo lo que en el nuevo mundo es dignidad y es decoro.

Y estamos nosotros, intelectuales y socialistas, para gritarles a los gachupines que nos niegan el derecho de opinar:
«Somos españoles de hace cuatrocientos años. No vamos con Francos, ni con Queipos, ni con Molas, como no hemos ido jamás con los traidores de América.»

«Vamos con Bolívar, el español más auténtico del pasado siglo. No con Fernando VII, vuestro «bien amado». No con los brutales espadones que perdieron las colonias, que las hicieron sublevarse, por tratarlas como han hecho con la propia España, última colonia oprimida por la caverna ibérica.»

«Vosotros, en cambio, españoles de la península, que habláis de patria sin sentirla, de raza sin cuidaros de ella, de religión sin profesarla, estáis traicionando a esa patria, a esa raza, a ese Dios en cuyo nombre se cometen los más atroces crímenes.»

Hablo para los españoles demócratas, para los españoles republicanos, para los españoles de ritmo contemporáneo que así me lo pidieron en América.

Y para los titubeantes y desconcertados por el silencio de sus diplomáticos, de sus ministros cómplices, que dejaron sin respuesta la propaganda calumniosa de los fascistas.

Y para mis compañeros y amigos que desean saber toda la verdad.
Y también—¿por qué no?—para los españoles «indianos» de la falsa cruz y del becerro de oro.

Frases cortas. Breves apuntes. Brochazos. No se puede hacer otra cosa en esta hoguera que tiene por combustible la vida de tantos hombres, de tantas mujeres, de tantos niños, de tantos seres humanos como está llevando sin piedad al sacrificio la guerra desatada sobre España.

¡Apuntes y brochazos que recojan el heroísmo y el dolor de un pueblo!

¡Heroísmo! Todo aquí es heroísmo. Un gran ideal alienta y fortifica a los que luchan en los campos de batalla y a los que trabajan en la retaguardia.

¡Dolor! Todo aquí es dolor. Pero dolor de madre cuando ve nacer sano y robusto al hijo que llevaba en las entrañas.

¡Dolor y heroísmo alegres! ¡Dolor y heroísmo de españoles auténticos, de españoles leales, que van con risas y con cantos en busca de la muerte que a otros españoles les dará la vida!

¡Heroísmo! ¡Dolor! En la nación vasca, en Cataluña, en Castilla, en Aragón, en Valencia, en Levante y en Poniente, allí donde las armas extranjeras no han logrado detener con su barbarie la vibración profunda del espíritu español.

¡¡Madrid!! Ha dicho el Presidente Azaña:

«¡Asesinados sus hijos, arrasados sus monumentos, en llamas sus tesoros de arte! La misma excelsitud de su martirio lleva este drama a una grandeza moral como ningún pueblo español había conocido hasta ahora.»

«Será menester que transcurra tiempo para que los propios madrileños, todavía no asesinados, alegremente conformes con su tremendo destino, puedan percibir las repercusiones que su resistencia sin límite va a tener en los destinos de España.»

«Madrid podrá ser el símbolo de toda la actitud del pueblo español. De sus ruinas saldrá una nueva capital, como de las ruinas del país saldrá una patria nueva.»

¡Pero qué atrocemente feroces los de la reacción y los del fascio para que esa patria nueva quede sin aliento!

¡Cómo lanzan a sus huestes sobre España para evitar el triunfo de la justicia!

¡Cuánta sangre generosa derramada para mantener sus privilegios!

¡Y cómo les responde un pueblo de experiencia histórica!

¡Un gran pueblo que por sí solo, víctima de la traición cuartelaria y de la invasión extranjera, se levanta contra los traidores y detiene con épica pujanza, a la entrada de Madrid, en el Jarama, en Pozuelo, en Las Rozas, en Guadalajara, en toda la parte invadida y ultrajada del territorio hispano, a los ejércitos poderosos de «la barbarie científica»!

¡La barbarie científica! ¡Químicos, mecánicos, ingenieros y sabios, calibanes de laboratorio, en el anca de los potros salvajes de los Cuatro Jinetes!

¡Aeroplanos! ¡Impía matanza desde el aire! Tan impía, tan cobarde, como el hundimiento de vapores neutrales por submarinos piratas durante la guerra europea.

Tanques. Ametralladoras. Minas en los mares. Cañoneo de puertos desarmados. Bombas incendiarias. Bombas explosivas. Lanzallamas. Gases asfixiantes. Ruinas. Explosiones. Fuego. Sangre. Destrucción. Cadáveres.

¡La barbarie científica sobre España y contra España! Sobre pueblos pequeños y humildes alejados de los frentes de guerra. Sobre la población civil de las grandes ciudades, a la que quieren los invasores y sus cómplices de adentro desmoralizar por el terror.

¡El terror! ¡El terror! Fusilamientos en masa. ¡Badajoz, Sevilla, Córdoba, Palencia, Vigo, Zaragoza, Pontevedra, Lugo, Valladolid, Logroño, Málaga!

Veán esta trágica realidad los hispanoamericanos. Es de una elocuencia terriblemente abrumadora. ¡Veánla! ¡Veánla!

Eso es fascismo. Eso es imperialismo. El que también hemos sufrido. El que nos tiene acogotados. El que sacrificó miles de vidas en Manchu-